

VALENTINO

O LA VOCACIÓN IMPEDIDA. UN EPISODIO CONTEMPORÁNEO.

Expuesto por el sacerdote BOSCO GIOVANNI.

TURÍN, 1866.

La siguiente narración, sobre una triste historia que realmente sucedió, fue escrito por San Juan Bosco en forma de pequeña novela, para que sirva de advertencia a los jóvenes y a sus padres, sobre el peligro de los tristes placeres, honores y riquezas de la vida presente, que fácilmente conducen a ruina eterna, y la grandeza y alegría de vivir santamente cumpliendo la voluntad de Dios para asegurar la salvación eterna para nosotros y para innumerables almas.

CAPÍTULO I.

La madre de la familia.

Me comprometo a escribir un hecho verdadero, pero ya que en parte se refiere a hombres vivos, creo que es mejor guardar silencio sobre los nombres de las personas y lugares a que se refieren las cosas contadas. Eran dos padres de edad bastante avanzada y tenían un solo hijo llamado Valentino, único heredero de su considerable patrimonio. La madre, buena cristiana, estaba decidida a darle a su hijo una sólida educación. Ella misma le enseñó durante muchos años. Desde pequeño le enseñó la oración y el pequeño catecismo con los primeros elementos de lectura y escritura. Bien educada por la ciencia y la experiencia, puso la mayor preocupación en mantener a su hijo alejado de la ociosidad y de los sinvergüenzas. «Querido Valentino, le decía, no olvides nunca que la ociosidad es la madre de todos los vicios, y que los malos compañeros conducen a la ruina a sí mismos y a quienes los siguen: ¡ay de ti si te dejas dominar por estos dos enemigos fatales!» La buena madre tuvo algunos obstáculos en la persona de su marido. Osnero, así se llama su marido, un hombre lleno de cortesía y honestidad, hacía el bien a quien podía, no dañaba a nadie. Pero un error significativo dominó su mente. Imaginó que podría reducir a su hijo a ser un ciudadano virtuoso y honesto sin convertirlo primero en un buen cristiano. «Querido Valentino, le decía a veces, sé bueno y siempre serás amado y honrado por todos. El honor, la estima y el buen nombre nunca deben olvidarse en este mundo.»

A su tierna edad Valentino no prestó mucha atención a las advertencias de su padre. Para corregir y ennoblecer las enseñanzas de su marido, la virtuosa madre repetía a menudo a su Valentín:

«Hijo mío, recuerda que Dios todo lo ve. Él bendice a los jóvenes virtuosos en la vida presente y los recompensa en la eternidad; al contrario, maldice a los malvados, acorta sus vidas y los castiga en el otro mundo con un castigo eterno.» Todas las mañanas lo tomaba de la mano, lo llevaba a la iglesia, le daba agua bendita, le enseñaba a hacer bien la señal de la cruz: lo hacía arrodillarse junto a ella: le abría el libro de devociones y marcaba las oraciones. Útil para acompañar la Santa Misa. En las vacaciones lo tenía siempre con él en la Misa, en el Catecismo, en la instrucción y en la bendición.

Cuando fue necesario llevarlo a recibir los Santos Sacramentos lo preparó unos días antes y lo acompañó al confesionario. Después de la confesión le ayudó a dar gracias, añadiendo aquellos consejos que una madre buena y afectuosa sabe encontrar adecuados para sus hijos. Sintió gran disgusto si lo veía sentarse a comer sin hacer la señal de la Santa Cruz antes y después de comer con la breve oración que suelen decir los buenos cristianos en esta ocasión. Un día Valentino lo olvidó y su madre lo regañó duramente. «Querido Valentino, le dijo, piensa que sólo los animales irracionales se ponen a comer con avidez sin pensar de quién reciben el alimento. Recibimos vida y alimento del Señor, por eso debemos estarle agradecidos en todo momento, pero especialmente cuando hacemos uso de estos beneficios: es decir, cuando utilizamos los alimentos para preservar la vida misma.» Aunque Valentino a veces parecía descuidado, no olvidó ninguna de las cariñosas advertencias que su afectuosa madre intentó sembrar en su tierno corazón. Para que su hijo no se aburriera a veces, sabía atemperar su compasión con agradables recreaciones en el momento adecuado. Juguetes, paseos, regalos, pequeños objetos para jugar, a veces incluso confeti y comestibles, eran las cosas con las que la buena madre solía alentar y recompensar la conducta diligente de su hijo. Así, la madre se convirtió en dueña del corazón de su hijo, mientras él experimentaba los más entrañables placeres al caminar, hablar y pasar tiempo con ella.

Pero Valentino sufrió un gran desastre al perder a su madre precisamente cuando más empezaba a necesitarla.

Acababa de cumplir doce años cuando su querida madre sufrió una grave enfermedad que le quitó la vida en apenas unos días. Recibió con gran prisa los últimos consuelos de la religión: luego llamó a Valentino a su cama y le dirigió estas últimas palabras: «Querido Valentino, debo dejarte en la edad más peligrosa. Recuerda evitar la ociosidad y las malas compañías. Al que os aconseje cosas contrarias al bien del alma, tenedlo por enemigo y huid

de él como serpiente amenazadora. Ya no seré tu madre en la tierra, espero ayudarte desde el cielo; en el futuro vuestra madre será la Santísima Virgen, rezadle con frecuencia, ella no os abandonará, Dios os bendiga...

La violencia de la enfermedad le impidió hablar más y a los pocos minutos ya era un cadáver.

Valentino quedó muy entristecido por esa pérdida y pasó varios meses atormentado por una melancolía tal que su propia existencia estaba en peligro. Sólo él podía encontrar algún consuelo haciendo oraciones, limosnas, penitencias, escuchando muchas Misas en reposo del alma de su difunta madre. Tampoco la olvidó jamás en los diversos y graves acontecimientos que sufrió a lo largo de su vida.

CAPÍTULO II.

Primer año de internado.

Osnero también sintió la grave pérdida de su esposa, especialmente por la educación de su hijo, a quien realmente no podía cuidar. Los asuntos administrativos, los mercados, las ferias y, a veces, las visitas al café y a la taberna no le permitían ocuparse de la educación de su hijo.

Valentino ya había completado su curso de escuela primaria y en su pueblo natal, al no haber clases superiores, fue necesario enviarlo a un internado para continuar sus estudios.

Se eligió un lugar muy renombrado, donde se decía que la ciencia, la civilización y la moral hacían progresos maravillosos.

Los uniformes, las plumas, los sombreros adornados encantaron a los estudiantes y a sus familiares.

Valentino aceptó la propuesta y emprendió un nuevo estilo de vida en la universidad. Al principio tuvo algunas dificultades para acostumbrarse. En lugar de la voz de una tierna madre tuvo una directora afable, sí, pero resuelta en el mando, severa en la exigencia, rigurosa en todas las ramas de la disciplina. Sin embargo, Valentino supo ganarse el cariño de sus nuevos superiores y se dedicó con buen ánimo al cumplimiento de sus deberes.

Atento a las órdenes, puntual al colegio y al tiempo de estudio, no perdía ni un ápice de tiempo. Pero encontró un gran vacío en las prácticas de piedad.

Hasta entonces escuchaba la Santa Misa todas las mañanas; todas las noches hacía alguna lectura espiritual con su madre; se confesaba regularmente cada quince días y comulgaba siempre que su confesor se lo permitía.

En la universidad ya no era así. No hubo meditación ni lectura espiritual; se recitaban oraciones en común pero sólo una vez al día, de pie y con gran prisa.

Los estudiantes asistían a Misa sólo los días festivos y las confesiones se hacían sólo una vez al año, en la Pascua de la Resurrección.

Estas cosas provocaron una gran angustia en el corazón de Valentino. Además, en el pasado sus oídos nunca habían escuchado menos palabras; pero con los nuevos compañeros se hacía uso de toda libertad de expresión, se toleraba cualquier broma inmodesta; de hecho, las cosas estaban en tal punto que libros y periódicos obscenos pasaban libremente de un alumno a otro. Asustado por aquellos peligros, Valentino escribió una carta a su padre en la que le informaba detalladamente de los peligros que corría su alma, señalándole lo pernicioso que era para él la vida universitaria. Pero en esta carta se criticaba mucho la disciplina y el funcionamiento del colegio, por lo que el director decidió conservarla y no enviarla a su dirección. Tiempo después Osnero fue a ver a su hijo quien entonces pudo explicarle libremente sus aflicciones. El padre no hizo caso de ello y dijo que no hay que ceder a los escrúpulos; sino vivir sin prejuicios. «Si no puedes rezar, confesarte e ir a Misa todos los días, le dijo, puedes compensarlo todo durante las vacaciones. Ahora intenta imitar a tus compañeros más felices y asegúrate de imitarlos en una vida feliz.» Valentino tenía un carácter dulce y un carácter muy flexible, por lo que ante las palabras de su padre se calmó y sin prestar atención a lo que le sucedería comenzó a leer libros y periódicos de todo tipo. Se asociaba indistintamente con toda clase de compañeros, participando en sus conversaciones, a veces indiferentes, rara vez buenas, muy a menudo malas. Habían pasado algunas semanas y no sólo ya no sentía repugnancia por aquel modo de vida reprochable, sino que buscaba ansiosamente todos los medios de disipación. Vale la pena señalar que en esa vida desordenada ya no pensaba en confesarse ni en recibir la Sagrada Comunión. A pesar de esa vida disipada, nunca pudo sacar de su mente los recuerdos de su madre, y sentía serios remordimientos por no haberlos puesto en práctica. Una noche, lamentando el daño que había hecho y el bien que había descuidado, se emocionó tanto que lloró profusamente. Sin embargo, continuó su vida desordenada. Lo único que nunca olvidó fue una oración por el alma de su madre que rezaba todas las noches antes de acostarse.

¿Pero cómo fueron los estudios? Si no hay moralidad, los estudios van mal.

A medida que Valentino fue cogiendo gusto por la vida sin escrúpulos, como le había dicho su padre, sintió repugnancia por el estudio; de modo que los últimos cinco meses de ese año se perdieron por completo.

Todavía obtuvo buenas notas en su examen semestral y su padre mostró su satisfacción regalándole un bonito reloj. Pero en el examen final obtuvo un resultado desfavorable y no fue ascendido a una promoción superior. Ante esa noticia Osnero sintió un gran disgusto tanto por el dinero desperdiciado en vano como por el año de estudio perdido. Esto le dolía aún más, porque su Valentino siempre había logrado honores en las clases a las que asistía, y sabía que una diligencia mediocre le habría bastado para ascender con honores.

CAPÍTULO III.

Las vacaciones.

Pero las penas de Osnero aumentaron mucho cuando Valentino regresó de la universidad. Vio a su hijo entrar a la casa sin siquiera saludarlo. Queriendo hacerle alguna observación sobre el mal resultado de sus estudios, recibió esta respuesta: “Hice lo que pude, nadie puede esperar más, y si hubiera sabido que recibiría reproches ni siquiera habría regresado a casa.” La misma tarde de su llegada se acostó sin recitar las oraciones habituales ni hacer la señal de la santa cruz. Por la mañana, en lugar de ir a Misa y servirla con gusto y placer como antaño, durmió hasta muy tarde. Después del desayuno, inmediatamente quiso ir a jugar con algunos compañeros de clase cuya asistencia le había sido estrictamente prohibida por su difunta madre. Un día su padre quiso sacarlo a caminar, pero Valentino se negó, diciendo que tenía una cita con sus compañeros, por lo que no podía ir con él. El legendario De’Santi, su libro favorito durante muchos años, ya no quiso ni abrirlo. En cambio, como lectura favorita, tenía algunas novelas obscenas que un amigo le había regalado antes de dejar la universidad.

Osnero quedó estupefacto por el cambio experimentado por su hijo, y aunque en el pasado no se había mostrado muy aficionado a la piedad, sin embargo le encantaba que su hijo siguiera siendo religioso para mantenerlo bueno. Se le ocurrió llevarlo a ver a su rector, a quien siempre había querido mucho, pero Valentino se negó, diciendo que todos debían ir al rector en Pascua para confesarse y no causar disturbios durante todo el año con visitas inapropiadas. Un día, mientras Valentino se hospedaba con unos compañeros, el párroco pasó junto a él, pero al volver la cara hizo como si no lo viera y quiso irse sin siquiera despedirse. El párroco observó todo, pero fingiendo no darse cuenta se acercó. «Mi Valentín, le dijo, has tenido un buen viaje, ¿estás bien, tu padre está sano? Él entonces, confundido, rápidamente le devolvió el saludo, y asegurando que luego vendría a visitarlo, continuó caminando y hablando con sus amigos.

Además de esto, Osnero notó que Valentino había contraído algunos hábitos peligrosos como mentir, apostar y robar en casa.

Lleno de dolor, el afligido padre le dijo un día a Valentino:

—Mi querido hijo, ¿qué cosa produjo en ti un cambio tan fatal?

— Me dijiste que no me dejara dominar por mis escrúpulos y que viviera sin prejuicios, creo que te he obedecido.

— No quise decir eso...

— Pero eso es lo que entendí, y si no me quieres en casa, sé adónde ir.

Osnero lo advirtió, lo corrigió varias veces y también lo sometió a algunos castigos, pero fue en vano, porque un día respondió con insolencia, otra vez se escapó y permaneció tres días fuera de la casa.

A Osnero le parecía imposible que en apenas diez meses su hijo, tan religioso, obediente y afectuoso, hubiera cambiado a tal punto que respondiera con valentía a su padre, ya no quisiera saber de religión y se convirtiera en ladrón de casas. Ya estaba a punto de tomar la desesperada decisión de encerrarlo en una casa de castigo, pero como no quería que el nombre de prisión correccional manchara el honor de la familia, tomó un consejo más suave.

«El año pasado, se dijo, quería elegir una universidad demasiado de moda, me dejé alucinar por apariencias que no inculcan ni ciencia ni moral. Quiero buscar otra universidad donde se enseñe, recomiende y practique la religión de manera excepcional. Lamentablemente, hay que confesar que sin religión es imposible educar a la juventud. Pero, ¿cómo podré decidirme a que Valentino entre en una universidad de este tipo, ahora que ya ha contraído tantas malas costumbres?

Se acercaba finales de octubre y era necesario decidir el lugar a elegir para Valentino.

Un día Osnero, para preparar el espíritu de su hijo para seguir su plan, lo llevó a jugar un juego al campo; ordenó un almuerzo que sabía que era de su agrado, le dio algunos regalos, lo acarició, le hizo varias promesas similares a las preguntas que le había hecho. Cuando ambos llegaron a casa por la noche, su padre lo llamó a su habitación y le habló así:

— Querido Valentino, ¿aún recuerdas a tu madre?

— Sí, lo recuerdo y lo recordaré siempre, y nunca me acuesto sin rezar alguna oración por su alma.

— ¿Aún sientes algún cariño por ella?

— Mucho, ¿y cómo olvidar a una madre tan buena y tan digna de ser amada?

— ¿Harías algo que le agradara y fuera de gran beneficio para ti?

Ante esas palabras Valentino sintió que su corazón se conmovía, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, luego llorando profusamente abrazó el cuello de Osnero diciendo: — Querido padre, sabes cuánto le debo a mi madre, y cuánto la amé en vida; si todavía viviera, me arrojaría al agua y al fuego para obedecerla, ¿quieres proponerle algo querido? Padre mío, habla, di, estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio que le agrade.

— Valentino, quisiera proponerte un colegio que tu madre me había mencionado antes de morir, un colegio donde puedas estudiar y practicar la piedad como lo hacías en los días felices de tu difunta madre.

— Querido padre, estoy en tus manos; todo lo que tú sabes complacer a mi madre, a mí también me agrada, y estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio para llevarlo a cabo.

CAPÍTULO IV.

Nuevo colegio. Vuelve a la lástima.

Osnero no pensó que podría salvar a su hijo de esa mutación tan pronto, y lo reconoció como una bendición del Cielo. Para que el retraso no le generara dificultades, quiso llevarlo al día siguiente ante el director de la universidad propuesta para discutir la admisión.

El director quedó bastante asombrado con la primera aparición de Valentino. Ropa nueva y elegantemente confeccionada, un sombrero calabrés, un cañón en la mano, una cadena brillante en el pecho, una raya suave en su pulcro cabello eran las cosas que presagiaban el espíritu de vanidad que ya reinaba en el corazón de nuestro Valentino. El padre aceptó fácilmente las condiciones de aceptación y luego, suponiendo que tenía otras cosas que hacer, dejó a su hijo solo para hablar con el director. Al ver a un joven con tal actitud, aquel director no consideró oportuno hablarle de religión, sino que sólo le habló de caminar, correr, gimnasia, esgrima, canto y sonido. Qué cosas hicieron que la sangre del vanidoso alumno hirviera en sus venas con solo escucharlas. Entonces el padre regresó, apenas pudo hablar libremente con Valentino, “¿qué opinas, le dijo, te gusta este lugar, qué opinas del director?”.

— Me gusta mucho el lugar, el director parece totalmente de mi agrado, pero hay una cosa en él que me repugna completamente.

— Dime, todavía estamos a tiempo de hacer algo diferente.

— Me gusta todo de él pero es sacerdote, y eso me hace mirarlo con asco.

— No es necesario que prestes atención a la calidad del sacerdote: más bien presta atención al mérito y a las virtudes que lo adornan.

— Pero venir con un sacerdote significa rezar, confesarse, comulgar. Por algunas palabras que me dijo me parece que ya conoce mi negocio... Suficiente... Lo prometí, cumpliré mi palabra, ya veremos el resto.

Unos días más tarde Valentino ingresó al nuevo colegio. El padre decidió informar al nuevo director de lo que le había pasado a su hijo y de cómo aún sentía un gran cariño por su difunta madre. Separado de sus compañeros, distraído por las malas lecturas, frecuentando a buenos compañeros, la emulación en clase, la música, la declamación, algunas representaciones dramáticas en un teatro, pronto le hicieron olvidar la vida disipada que llevaba desde hacía aproximadamente un año. El recuerdo de su madre, que evitaba la ociosidad y las malas compañías, volvía a menudo a su memoria. De hecho, retomó fácilmente su antiguo hábito de practicar la piedad. La dificultad estuvo en poder decidirse a hacer su confesión. Ya había pasado dos meses en el internado. Ya se habían celebrado novenas y solemnidades en las que los demás estudiantes intentaban recibir los santos sacramentos, pero Valentino nunca se atrevió a confesarse. Una tarde, el director lo llamó a su habitación y, consciente de la gran impresión que el recuerdo de su madre causaba en su corazón, comenzó a decirle así: “Mi buen Valentín, ¿sabes de lo que mañana te recordará?”

— Sí, lo sé. Mañana es el aniversario de la muerte de mi madre. ¡Oh madre querida, podría verte una sola vez, o al menos una vez más escuchar tu voz!

— ¿Mañana harías algo que la agradaría y sería de gran beneficio para ti?

— ¡Oh, lo haría! ¡Si cuesta algo!

— Toma mañana tu Sagrada Comunión en reposo de su alma, y le brindarás un gran alivio si aún se encuentra en las dolorosas llamas del purgatorio.

— Lo hago de buena gana, pero para comulgar necesito confesarme... Si a mi madre le gusta esto lo haré, y si lo cree oportuno, se lo confesaré ahora mismo.

El director, que no podía esperar más, elogió el plan, dejó que la emoción se calmara, luego lo preparó y con mutuo consuelo lo confesó; y al día siguiente Valentín recibió la Sagrada Comunión, haciendo muchas oraciones por el alma de su difunta madre.

A partir de ese día, su vida trajo verdaderas satisfacciones a su director, quien nunca perdió de vista al hijo espiritual que había adquirido.

Valentino aún conservaba algunos libros, algunos prohibidos, otros perjudiciales para los jóvenes, y los llevó todos al director para que los arrojara a las llamas, diciendo:

«Espero que al quemarlos ya no sean la causa de que mi alma arda en el infierno.»

También guardaba algunas cartas de sus antiguos compañeros en las que le daban muchos malos consejos; y los partió en otros tantos pedazos.

Luego retomó sus estudios, escribió los recuerdos de su madre en la manta de sus libros, huyendo de la ociosidad y de las malas compañías.

Luego envió una carta de Año Nuevo a su padre, quien sintió un gran consuelo al ver que su hijo regresaba a los pensamientos que había tenido durante tantos años. Así pasó la época del bachillerato.

Recordando que en casa de su padre había muchos libros y periódicos malos, Valentino le escribió muchas cartas, supo acariciarlo tanto, especialmente durante las vacaciones, y le hizo tantas promesas que decidió deshacerse de todo. Además, con algunos pretextos frívolos, el padre comía grasas en los días prohibidos. Valentino con su comportamiento, con sus palabras, contando ejemplos y haciendo una humilde petición a su padre, logró hacerlo desistir, induciéndolo a observar las vigilias ordenadas por la Iglesia precisamente como debe hacer todo buen cristiano.

CAPÍTULO V.

La vocación.

Valentino había pasado cinco años en un internado para la máxima satisfacción de su padre y sus superiores. Al principio encontró algunas dificultades para acostumbrarse a la nueva disciplina, pero reflexionando que éste era el nivel de vida que ya había practicado con su madre, estaba muy feliz con ello y sentía una alegría continua. Durante las vacaciones también era un gran consuelo y placer para el padre que, cuanto mayor era, más concentraba sus afectos y esperanzas en su querido hijo. Mientras tanto, Valentino ya atravesaba su último año de secundaria con una conducta que no dejaba nada que desear, y en todos esos cinco años nunca habló de vocación. Le había preguntado varias veces al director del colegio qué le aconsejaba aprovechar en el Instituto. «Sed buenos, respondió, estudiad, orad y a su debido tiempo Dios os hará saber lo que es mejor para vosotros.

— ¿Qué debo practicar para que Dios me haga conocer mi vocación?

— San Pedro dice que con las buenas obras podemos estar seguros de nuestra vocación y elección al estado.

En Semana Santa del quinto año de bachillerato, cuando iban a comenzar los ejercicios espirituales, dijo que en esta ocasión quería hablar de su vocación, y aunque desde hacía algún tiempo sentía una gran propensión al estado eclesiástico, sin embargo, temía que se lo impidieran de hacerlo por su mala conducta pasada. Por tanto, se presentó al director en aquellos días y mantuvo con él una conversación que encontramos escrita entre sus papeles; ahí está él:

Valentino: ¿Cuáles son las señales que indican si eres o no un joven llamado al estado eclesiástico?

Director: La probidad de las costumbres, la ciencia, el espíritu eclesiástico.

— ¿Cómo sabemos si hay probidad en la moral?

— La probidad de las costumbres se conoce especialmente por la victoria de los vicios contrarios al sexto mandamiento y para ello se debe confiar en la opinión del confesor.

— Ya me dijo el confesor que gracias a este canto puedo continuar en el estado eclesiástico con total tranquilidad. Pero ¿qué pasa con la ciencia?

— Para las ciencias deberás someterte al juicio de tus superiores quienes te harán los exámenes correspondientes.

— ¿Qué se entiende por espíritu eclesiástico?

— Por espíritu eclesiástico entendemos la tendencia y el placer que se siente al participar en aquellas funciones eclesiásticas que son compatibles con la edad y las ocupaciones.

— ¿Algo más?

— Hay una parte del espíritu eclesiástico que es más importante que cualquier otra. Consiste en una propensión a este estado por la que uno está ansioso por abrazarlo con preferencia a cualquier otro estado aún más ventajoso y glorioso. Y hay que tener un sincero deseo de amar y servir a Dios y a su Madre Santísima,

desear ofrecerles reparación por las ofensas que reciben, y tener celo por su honor y por la salvación de las almas.

— Todas estas cosas se encuentran en mí.

Mi madre estaba ansiosa por que yo fuera sacerdote y yo estaba más ansiosa que ella. Estuve en contra durante dos años, durante esos dos años, ya sabes, pero por el momento no me siento inclinado a otra cosa. Encontraré algunas dificultades por parte de mi padre, quien quisiera que yo tuviera una carrera civil, pero espero que Dios me ayude a superar todos los obstáculos.

El director también le señaló que hacerse sacerdote significaba renunciar a los placeres terrenales; renunciar a las riquezas y a los honores del mundo, no aspirar a posiciones luminosas, estar dispuesto a soportar cualquier desprecio por parte de los malos, y dispuesto a todo, a sufrir cualquier cosa para promover la gloria de Dios, ganar almas para Él y primero salvar la propia alma. «Precisamente estas observaciones, prosiguió Valentino, me empujan a abrazar el estado eclesiástico. Porque en otros estados hay un mar de peligros, que son muy inferiores en el estado del que estamos hablando.» Pero las dificultades las encontró el padre.

CAPÍTULO VI.

Las dificultades.

En mayo de ese año Valentino escribió a su padre una carta en la que le expresaba su decisión y le pedía su consentimiento.

«Padre mío, dijo, examiné atentamente mi vocación, pedí consejo a mis superiores y especialmente al confesor; después de lo cual decidí abrazar el estado eclesiástico. Sé que me amas y deseas mi verdadero bien, por eso espero que seas tan feliz como yo.

Cuando era niño mi madre me llevó a un altar de la Virgen, que está en nuestra iglesia, y después de repetidas oraciones, la oí decir varias veces: ‘María, deja que este hijo mío sea siempre tuyo y, si no se opone al bien de su alma, haz de él un sacerdote celoso.’

Espero que el deseo de mi madre sea el tuyo también.»

Al leer esta carta, Osnero se entristeció mucho. Tenía una fortuna notable; Valentino era el único heredero, y dado su extraordinario ingenio, su amor por el trabajo duro, la vivacidad de su carácter, la bondad y flexibilidad de su naturaleza, se le presentó una de las carreras civiles más brillantes. Por eso el afectuoso padre deseaba que él se dedicara a alguna carrera en el mundo y fuera, por así decirlo, el bastón de su vejez, el sostén de su nombre y de su familia. Escribió una carta en la que se mostraba enojado y arrepentido por haberlo puesto en ese colegio, criticaba a esos superiores por haberlo educado demasiado en religión, le ordenaba volver a casa inmediatamente con la prohibición de no hablarle nunca de su vocación nuevamente. Pero reflexionando sobre las graves consecuencias que aquella carta podría haber producido, no la envió, y escribió otra más suave del siguiente tenor:

«Querido hijo. Por tu carta sé que tienes la intención de abrazar el estado eclesiástico. Esta deliberación es inmadura, tu edad te vuelve incapaz de saber lo que decides hacer. Debes depender de mí y no de los demás. Soy tu padre, sólo yo puedo y quiero hacerte feliz.

No te faltarán sustancias en casa, se te está preparando una carrera brillante, te espera un futuro feliz. Pero no le prestes atención a nada más que a tu padre. Dame una pronta respuesta y dime honestamente qué piensas y qué quieres hacer.»

Valentino leyó la carta y con calma respondió a su padre lo siguiente:

«Tu carta confirma el gran cariño que siempre me has tenido. Tú, oh padre, quieres mi felicidad, y yo veo esta felicidad en el estado eclesiástico. Ningún honor, ninguna carrera ni ninguna otra riqueza me harán feliz fuera del estado eclesiástico. Padre mío, Dios del cielo y de la tierra es mío y vuestro amo. Si él me quisiera como su ministro, ¿te opondrías? ¿No es la dignidad del sacerdote superior a todas las dignidades de la tierra? Si aseguráramos la salvación del alma, ¿no habríamos obtenido el tesoro más grande que el hombre puede alcanzar en la tierra? También te aseguro que, haga lo que haga, nunca te abandonaré. Mientras viva, no escatimaré en nada para consolarte, amarte y respetarte y brindarte una vida feliz.»

Osnero entendió que con oposición no ganaría nada sobre el alma de su hijo, por lo que juzgó mejor ocultar todas sus intenciones y esperar las vacaciones. Por eso le escribió diciéndole que estaba contento de recibir su carta, para animarse y que una vez terminados sus exámenes se iría a casa inmediatamente. Después de todo, entonces hablarían de presencia y entenderían todo al final del año escolar. Valentino se sometió a sus exámenes con resultados muy felices, pero no se atrevió a regresar a casa por temor a que su padre siguiera oponiéndose a su vocación. Osnero por su parte, al no ver a su hijo, vino él mismo a recogerlo para llevárselo de vacaciones. Aquí hubo una escena muy conmovedora. Valentino quería que su padre le asegurara su tan

esperado consentimiento para convertirse en sacerdote antes de partir; éste no quería prometer nada y el otro no quería resolver nada. Al final, Osnero tomó esta actitud al decir: «Si tu vocación te viene del cielo, no quiero oponerme y te doy mi pleno y absoluto consentimiento. Pero como temo que no sabes lo que haces, así quiero que vuelvas a casa; y después de unos días de vacaciones nos abriremos libremente el corazón, por lo que si perseveráis en el mismo deseo os dejaré completamente libre, es más, no escatimaré en nada para favoreceros y apoyaros en vuestro noble proyecto.»

Ante esas palabras, ante esas promesas, Valentino se rindió. Al despedirse del colegio el director le dirigió estas palabras: «Mi buen Valentín, te espera una gran batalla. Cuidado con los malos compañeros y las malas lecturas. Tened siempre a Nuestra Señora como Madre vuestra y acudid a Ella con frecuencia. Déjame saber tus noticias pronto.» Valentino, muy conmovido, partió con su padre hacia su tierra prometiéndole todo.

CAPÍTULO VII.

Un impulso fatal.

La desgracia más triste que le puede ocurrir a un joven es ser conducido mal. Lamentablemente, nuestro Valentino también fue víctima de ello. Mi pluma tiembla en mi mano mientras escribo, y no me creería si la verdad de la historia no excluyera toda duda. Esa desgracia puede al menos servir como advertencia para otros.

Una vez que Valentino llegó a casa de su padre, lo dejaron abandonado a su suerte durante unos días, sin que le dijeran una sola palabra sobre su vocación. Mientras tanto, el padre, cegado por el deseo de que su hijo se convirtiera en el sostén de su nombre y del legado de la familia, quiso a toda costa inducirlo a cambiar su plan en torno a su vocación y, para triunfar, se aferró al plan diabólico de confiarlo a un hombre de malas costumbres, para que enseñara malicia a su pobre hijo. ¡Padre infeliz, por la esperanza de una miserable ventaja temporal, arruina la casa, el honor, el cuerpo, el alma de sí mismo y de su hijo!

Osnero confió entonces a Valentino a un tal Mario, para que lo llevara en medio del mundo, le hiciera conocerlo bien y luego decidiera su vocación. Este Mario era un hombre bastante mayor, que había pasado su vida en pasatiempos y vicios que sólo la edad le obligaba a abandonar. Osnero entonces dijo:

«Mi querido Mario, siempre has sido un amigo sincero de mi familia. Ahora tengo algo muy importante que recomendarte. Mi Valentín quiere ser sacerdote; yo no quiero... Ya me entiendes, llévalo contigo, déjalo viajar, ver, disfrutar de todo lo que hay en el mundo. Lo que gastes es todo por mi cuenta; sólo cuida su salud.»

«Déjame a mí, respondió Mario sonriendo, lo entiendo todo, no podrías haber elegido a una persona más capaz para este emprendimiento; intentaré complacer a tu hijo y brindarte el servicio que deseas.» Se fueron, y al salir Mario se aseguró de que Valentino no tuviera ningún libro devocional consigo; así que para ayudarle a superar el aburrimiento del viaje siguió contándole mil historias de frailes, curas y monjas; al principio indiferentes, luego progresó paso a paso hacia cosas desvergonzadas. Luego le regaló libros sobre temas obscenos que a primera vista Valentino rechazó con horror; pero que poco a poco empezó a leer por pasatiempo, luego por curiosidad, y no había transcurrido aún un mes cuando el pobre Valentino ya se había acostumbrado a toda clase de lecturas y conversaciones. Una sola palabra de un amigo quizás en ese momento lo hubiera sacado de la ruina, pero ese amigo no la tuvo. Así, el pérfido Mario, después de haber hecho recorrer al infeliz Valentino hoteles, juegos, cafés, bailes, teatros, y después de haberlo hecho viajar por diversos pueblos y ciudades, logró finalmente seducirlo y, para colmo, atraparlo en ese vicio que San Pablo no quiere ni que se mencione entre los cristianos. Valentino vio el abismo hacia el que caminaba y al principio sintió el más agudo remordimiento. Intentó varias veces confesarse; pero su liderazgo imprudente siempre le ha impedido hacerlo. Una tarde quiso ir a cualquier precio a un convento de capuchinos, y Mario le hizo tomar el camino equivocado y le llevó a una casa de perversión. Valentino estaba triste y sintió tal arrepentimiento y llegó a tal punto de desesperación que se habría tirado desde una ventana del tercer piso del hotel si Mario no hubiera corrido a sujetarlo de la ropa. «En ese momento, dijo más tarde Valentino, juzgué que la muerte era un mal menor que los dolores de conciencia que me atormentaban en ese momento.» Pero estos remordimientos no duraron mucho. Casi insensiblemente Mario acostumbró a Valentino a las malas conversaciones, a todas las lecturas perversas, y aun recordando los buenos momentos del primer año del internado, se abandonó a todo tipo de vicios, es más, después de seis meses de vida desordenada no sólo ya no se oponía a Mario, pero lo secundó voluntariamente en todos sus malos deseos. Viendo las cosas en este punto, convencido de que había cumplido su diabólica misión, Mario llevó a Valentino de regreso a su padre.

—Creo que te he servido, dijo Mario saludando a Osnero.

— Te lo agradezco Mario, siempre has sido amigo de mi familia y ahora tendrás un motivo más para mi agradecimiento.

— Padre, dijo Valentino, corriendo a abrazarlo, padre, estoy totalmente a favor de tus indicaciones.

— ¿Ya no serás sacerdote?

— Claro que no, haré cualquier otra cosa, pero no un sacerdote.

— Bendito el cielo, soy un padre afortunado. Mañana quiero invitar a todos mis amigos a celebrar tu regreso.

Osnero era como alguien que camina tranquilamente sobre un suelo cubierto de flores, sin saber que debajo de ellas hay un profundo abismo, ni habría imaginado jamás que el regreso de Valentino sería un presagio de inmensos males para él.

CAPÍTULO VIII.

La amargura de Osnero.

Osnero se consoló mucho con la noticia de que su hijo ya no pensaba en el estado eclesiástico; pero no reflexionó que el tiempo pasado con Mario lo había llevado a un libertinaje abominable. Valentín ya no hablaba de los Sacramentos, se dedicaba a las malas lecturas, al juego, a la intemperancia y a otros vicios detestables. ¿Pero de dónde sacar dinero para satisfacer tantas pasiones? Al principio su padre se lo proporcionó, pero cuando él se lo negó, Valentino empezó a empeñar su reloj, luego a vender algo de ropa y varios sacos de trigo.

Un día incluso logró abrir el cofre de su padre y le robó una bolsa llena de piezas de oro. El padre se dio cuenta entonces de la mala situación a la que había llegado su hijo, y en un intento de distanciarlo de sus compañeros y del propio Mario, decidió enviarlo a un curso de filosofía en una ciudad.

Pero no hubo más tiempo. Valentino se entregó a una vida desordenada. Usó el dinero de su pensión en juegos de billar; cuando ya no tenía dinero sacó una y luego otra hipoteca que Osnero pagó para no ver a su hijo llevado ante los tribunales criminales. El afligido padre, a pesar de su avanzada edad, emprendió varias veces el viaje a aquella ciudad, oró, advirtió a su hijo, le recomendó que regresara a la religión, a la vida feliz que una vez disfrutó.

— Padre, respondió Valentino, las lecciones de Mario hacen su efecto, me es imposible volver atrás. Sé que estoy en el camino de la ruina, pero debemos seguir adelante.

— Querido Valentino, dijo el padre llorando, escúchame. Vuelve a casa, haz lo que quieras, siempre y cuando abandones el mal camino en el que estás. Esta vida tuya te lleva a la deshonra, a la miseria, a la infamia, y a mí no tardará mucho en llevarme a la tumba.

Valentino lo miró fijamente y, como si quisiera decir que la culpa era suya, añadió: “¿Por qué me impediste mi vocación?” Dicho esto, abandonó a su padre en medio de una plaza, fue a un corredor para pedir otro préstamo mayor que el primero y luego regresó con sus tristes compañeros. Este acto fue como un espadazo en el corazón de Osnero. Conoció entonces la fatal consecuencia de una vocación impedida, detestó el conocimiento del perverso Mario, deploró el momento en que le había confiado a su querido Valentín, pero fue un arrepentimiento infructuoso. En el exceso de dolor se puso a llorar, y anduvo por las calles de aquella ciudad exclamando: “Si alguna vez pudiera hacer que mi Valentín volviera a casa, sería feliz si se convirtiera en sacerdote, fraile o cualquier otra cosa, siempre y cuando ¡regresara del camino de la deshonra! ¡Padre infeliz, hijo infeliz! ¡Qué triste futuro te espera!”

Una vez que llegó a casa, suplicó a su párroco que le diera luz y consejo: el párroco intentó escribir cartas a Valentino, quien no respondió nada. Rogó a algunos amigos que vivían en la misma ciudad que probaran medios extremos para sacar a su hijo del camino del libertinaje. Pero mientras se hablaba de estas cosas, llegó la noticia de que Valentino se había aliado con unos delincuentes que lo hicieron participar en uno de los hechos más nefastos. Fue sorprendido en el acto del crimen y con sus perversos compañeros llevados a prisión. Osnero no pudo soportar ese golpe fatal: su edad, la sensibilidad de su corazón parecían sacarlo de sus casillas. Cayó inconsciente en los brazos de unos amigos que habían acudido a consolarlo. Volviendo en sí por un momento, «Maldito Mario, exclamó, ¡desdichado de mí, infeliz hijo! Voy a dar cuentas a Dios... por una vocación impedida.»

Dicho esto, volvió a desmayarse y, sorprendido por un violento estremecimiento, expiró.

CAPÍTULO IX.

Últimas noticias de Valentino.

Una vez que Osnero murió, todos los acreedores de Valentino querían que se les pagara, por lo que parte de los bienes de su padre tuvieron que venderse en subasta pública. La otra parte fue donada a las autoridades fiscales que, para continuar con los juicios, pagar las hipotecas constituidas, compensar a algunos a quienes Valentino había causado graves daños, y se agotaron todos los bienes. A Valentino sólo se supo que lo trasladaron de una prisión a otra, su caso fue considerado muy grave, su propia vida estaba en peligro, y luego pasaron varios años sin que nadie supiera nada de él. Finalmente llegó por correo una carta al director del

colegio donde había cursado el bachillerato, en la que daba cuenta de la sentencia que había recibido con algunos datos que creo que es mejor incluir aquí por completo:

Siempre amado Sr. Director.

La persona que le escribe es un viejo alumno suyo y una vez querido estudiante suyo, que ahora es un prisionero sentenciado a trabajos forzados. Con horror, perdóneme y lee. Cuando te dejé para irme de vacaciones con mi pobre padre, tuviste la amabilidad de regalarme algunos recuerdos que habrían hecho mi fortuna, si los hubiera puesto en práctica; pero por desgracia, de lo tonto que fui, los descuidé con un daño irreparable para mí. Me dijiste que te escribiera pronto. Pero en parte por culpa y en parte por impotencia, nunca lo hice. Ahora es mi poder enviarte una carta en buenas manos, y por eso cumplo con mi deber, y derramo en tu paternal corazón la amargura de mi alma, como una vez deposité cada secreto de mi conciencia. - ¡Qué tristes acontecimientos sucedieron después de nuestra separación! Para impedir mi vocación, mi infeliz padre me encomendó a un hombre malvado, que con maneras astutas y seductoras me sumergió en toda clase de vicios.

El remordimiento y el horror ante el mal siempre me han acompañado, pero nunca me atreví a regresar. El último crimen, odio decirlo, fue un asesinato. ¡Oh cielo! ¡Qué palabra tan nefasta! Uno de sus alumnos que ganó el primer premio de moralidad; quien quiso abrazar el estado eclesiástico o seguir una carrera luminosa en el siglo, se ve ahora obligado a cubrirse de la más negra infamia y llamarse asesino. Escuchar. Después de pasar algunos años jugando y divirtiéndome, me encontré agobiado por las deudas y perseguido por los acreedores. Con la esperanza de obtener beneficios, había pasado una noche jugando con unos sinvergüenzas. Cuando, al encontrarnos a todos sin dinero, uno de ellos propuso entrar a la fuerza en una casa mientras el dueño dormía, y cometer un robo. Todos miraron fijamente al rostro del mal deseado concejal y temblaron ante aquella detestable propuesta, ya que todos pertenecían a una familia honesta, pero nadie se atrevió a hacer observaciones. Con llaves falsas y con algunas roturas ya habíamos entrado a una habitación, roto en un cofre de hierro, ya puso sus manos sobre una gran suma de dinero, luego el dueño despertó, “a ladrones, a los ladrones” empieza a gritar: “Ladrones”, gritan los sirvientes, e inmediatamente agarran maderos, palos, tridentes o cualquier otra cosa que haya caído en sus manos. Uno de mis compañeros, para acallar los gritos de miedo y defenderse imprudentemente, disparó una pistola que alcanzó el brazo de la esposa del amo, que todavía yacía enferma en la cama. Ante los gritos que se elevaban por todos los rincones intentamos escapar, pero ya no tuvimos tiempo. La policía había tomado todas las salidas y cinco de nosotros caímos en manos de los gendarmes. La pobre enferma, ya sea por la herida que le había tocado, ya por el dolor que ya tenía, ya por el susto que sentía, quedó convulsionada y al día siguiente dejó de vivir. Mientras tanto, nos llevaron a todos primero a una prisión y luego a otra. Finalmente, después de dos años, uno fue condenado a trabajos forzados de por vida, yo y los otros tres a quince años de la misma pena. Ahora ya llevo tres años aquí; en vista de mi buena conducta ya fui indultado por dos años. ¡Quién sabe si algún acontecimiento favorable podría traerme otra reducción de mi pena!

¡Oh, querido padre de mi alma!, ¿quién hubiera imaginado que uno de tus alumnos, que acogía con tanto gusto tus consejos y tantas veces se consolaba con tus caricias, llegaría un día a ser, ¡espantoso decirlo! un convicto? Ahora escuche dónde acabó toda la riqueza de mi familia y en qué condiciones me encuentro. De la mañana a la tarde condenado a un trabajo duro y agotador sin otra compensación que el trabajo duro y constante y, a menudo, fuertes palizas.

Mi cama es un saco duro; un plato de sopa salada, un poco de pan y agua son mi alimento diario. Pero esto no es nada. Entonces el odio, el desprecio, las maldiciones, las obscenidades, las blasfemias que continuamente resuenan en nuestros oídos hacen de este lugar algo parecido al infierno. El deshonor traído a la familia, la infamia con que he cubierto mi nombre, mi triste porvenir, la temprana muerte de mi amado padre, son remordimientos que me agitan día y noche. Tal vez dirás: ¿Cómo pudiste volverte tan malvado, siendo durante cinco años tan bueno con nosotros? Nunca lo he sido, ni siquiera ahora soy un sinvergüenza. Soy un joven infeliz, desafortunado, pero no perverso. La oposición de mi padre a mi vocación y un guía infame me llevaron primero a la asociación de compañeros perversos y luego al abismo en el que me encuentro. Pero la religión siempre estuvo conmigo y en cada mala acción nunca pude olvidar aquella palabra que tan amablemente hiciste sonar en mi oído varias veces: ‘Si pierdes tu alma todo está perdido, si salvas tu alma todo está seguro en la eternidad.’ Ahora conozco las enormidades de mis crímenes, adoro la mano del Señor que me golpeó y acepto mis males en penitencia por mis fechorías. No sé cuál es mi destino futuro; pero si un día puedo salir del lugar de deshonra, inmediatamente correré a vuestros pies; tus consejos serán la norma de mis acciones durante toda mi vida; de hecho tengo firme esperanza de que en vuestra gran bondad estéis dispuestos a darme cualquier

ocupación, por vil que sea, entre vosotros, con tal de que pueda trabajar, hacer penitencia y salvar mi alma. Mientras tanto, recomiende encarecidamente a los padres de jóvenes estudiantes que presten atención a la religión y la moralidad en el lugar donde envían a sus hijos a educarse y nunca se opongan a la elección de su vocación. Pero no dejes de recomendar dos cosas especiales a mis antiguos compañeros o a otros jóvenes que aún se encuentran bajo tu paternal disciplina, que: 1º Eviten a los malos compañeros como enemigos fatales que llevan el cuerpo y el alma a la ruina; 2º Al decidir su vocación, reflexionen seriamente sobre ella y, después de la oración, sigan los consejos de un guía piadoso, docto y prudente. Sin embargo, si encuentran dificultades por parte de sus padres, no deben seguir mi ejemplo, calmarse, orar e insistir a sus familiares con paz y tranquilidad, hasta que los obstáculos sean quitados y puedan hacer las cosas que son conforme a la adorable voluntad del Señor.

Ruega a Dios que me conceda la gracia de poder ver nuevamente tu amada presencia, dejarme guiar por tus paternales consejos, reparar mis escándalos con una vida cristiana hasta que, por la gran misericordia del Señor, me permita abandonar el exilio y el valle del llanto para luego volar al seno del Creador para alabarlo y bendecirlo eternamente.

CAPÍTULO X.

La muerte de Mario.

Mario también estuvo presente en la muerte de Osnero, y cuando le lanzó esa maldición, lo miró fijamente con una mirada tan amenazante y sombría que quedó completamente aterrorizado. Parecía que esa mirada quería decirle: Mario, tú eres la causa de mis desgracias y de mi muerte. Y si bien el verdadero causante de su mal fue el mismo Osnero, ya que nunca debió confiar a su hijo a un hombre inmoral, también es cierto que Mario fue el instrumento fatal de esa iniquidad, ni nunca debió acceder a la desconsiderada propuesta de un amigo por medios tan perversos y nefastos. Ahora bien, se debe señalar que Mario se vanagloriaba de ser un hombre sin prejuicios en cuestiones de religión, nunca había dado muestra alguna de miedo, ni por los vivos ni por los muertos; sin embargo, tras la muerte de Osnero le pareció que su terrible mirada lo acompañaba día y noche. A veces se le veía salir del almuerzo y huir, asustado, según decían, por el aspecto sombrío de Osnero que lo amenazaba.

No pocas veces se despertaba por las noches gritando y llamando a sus criados para que vinieran a llevarse el espectro o sombra de Osnero. Creo que esta sombra, este espectro no era más que remordimientos de conciencia que sienten incluso los más malvados.

El propio Mario, incapaz de convencerse de que no se trataba de un transporte de fantasía, pensó que encontraría algún alivio en los juegos, en las cenas, en los juegos con amigos, pero no pudo mejorar su suerte, porque tan pronto como regresó a casa, los fantasmas, las sombras, las imaginaciones lo aterrorizaban más que nunca. Uno de sus viejos amigos le sugirió que un día fuera a pedirle un buen consejo al párroco. «Los sacerdotes, le dijo, tienen ciertos secretos o consejos o bendiciones, como dicen, que muchas veces son muy eficaces para calmar las desolaciones interiores.» Mario no conocía ni al párroco ni a otros sacerdotes, pero trataba a todos con amabilidad y mucha cortesía; ni nunca había mostrado ninguna aversión hacia su rector más que la que un hombre mundano suele tener hacia los ministros de religión. Sin embargo, lo retrasó unos días hasta que, viendo crecer cada vez más su dolor y sus preocupaciones, decidió realizar la visita propuesta a su párroco. Aquel hombre de Dios lo acogió con toda bondad y, mientras hablaba, escuchaba el relato de las angustias y males de Mario. Finalmente el buen pastor trató de calmarlo, señalándole que esto era efecto de la profunda impresión que le había causado la pérdida de su amigo Osnero. Luego, estrechando afectuosamente la mano de Mario, dijo: «Sin embargo, querido Mario, creo que te ofrezco un remedio muy eficaz para tus dolencias, y que te reportará una importante ventaja.»

— Sí, habla, haré y tomaré el remedio que me sugieres; siempre te he tenido en alta estima y tengo mucha confianza en ti.

— En el pasado no le has prestado mucha atención a la religión. Es posible que sus ocupaciones serias lo hayan distraído de ello. Ahora escucha la voz de tu pastor, prepárate, haz una buena confesión, y en ella encontrarás un poderoso alivio para tus males.

Ante estas inesperadas palabras el rostro de Mario cambió de color, dándole una mirada severa al párroco; luego tomando su sombrero se puso de pie. «Señor Provost, soy su servidor; estas no son cosas para proponerle a Mario. Dicho esto, lleno de ira, inmediatamente se fue.

Cuando llegó a casa, para su gran sorpresa encontró una carta que le había enviado Valentino. En eso le reprochó del modo más duro y resentido las pérfidas insinuaciones con las que lo había puesto en el camino de

la deshonra y la desolación. «Tus perversos consejos, concluía la carta, llevaron mi casa a la ruina, enviaron a mi querido padre a la tumba prematuramente y convertiste a un joven honesto en preso.»

Estos reproches fueron un golpe fulminante para el alma abatida de Mario, de modo que parecía cada vez más perseguido por el espectro de Osnero y por el remordimiento de haber hecho infeliz a Valentino. Luego pasó hambre porque se aburría de todo tipo de alimentos y pronto se encontró reducido a una debilidad extrema. La fiebre, la inflamación de los intestinos y una especie de ulceración eran como consecuencias de males ya existentes.

En ese estado compasivo Mario empezó a pensar seriamente en su caso, y al darse cuenta de que la ulceración de las vísceras se extendía hasta la garganta, y una serie de pequeñas pústulas invadían la lengua que, al hincharse notablemente, amenazaban con impedirle el habla, ya no pudo engañarse más de la gravedad del mal. «Pobre Mario, se le escuchó exclamar para sí, todo está por terminar para ti, debes abandonar el mundo, ¿y adónde irás? Tu cuerpo en el cementerio, pero ¿y tu alma? ¡Pobre Mario! Si hubieras pensado en este momento, ¡cuánto te consolarías ahora! Luego pidió un trago que no pudo tragar. Hizo que sus sirvientes y amigos se fueran a descansar un momento; pero en cuanto pudo disfrutar de unos momentos de sueño inmediatamente se despertó gritando y pidiendo ayuda.

«Queridos míos, dijo a sus amigos, en ese momento se me apareció terrible en sueños la sombra de Osnero, lo que me reveló que la muerte estaba cerca y que pronto tendría que comparecer ante el Juez Supremo. Quizás ya no tenga tiempo, pero quiero hacer la última prueba: Ve rápido y suplica al párroco, dile que estoy cerca de la muerte y que lo espero lo antes posible.

El párroco iba todos los días a tener noticias de Mario, pero siempre le prohibieron acercarse a su cama. En ese momento estaba en la puerta de la casa pidiendo pasar. Inmediatamente fue ingresado al enfermo.

— Señor Párroco, le dijo Mario conmovido y asombrado de verlo tan pronto con él, perdóneme los insultos que le he hecho, le he insultado...

— No hables de perdón, nunca me ofendí, siempre te he amado y te amo más ahora que me das el mayor placer de admitirme en tu presencia.

— Señor Párroco, añadió Mario rompiendo a llorar, ¿todavía puedo tener esperanzas de salvarme?

— Sí, querido Mario, la misericordia de Dios es infinita. Él te dio tiempo, te dio la voluntad y dispuso que yo estuviera aquí para ayudarte. Anímate, estás en manos de un amigo.

— ¿Perdonará Dios la multitud de mis iniquidades?

— Sí, Mario, te lo aseguro en nombre de este Salvador, cuya inmensa bondad ves representada en este crucifijo.

Dijo esto mostrándole la imagen de un crucifijo que siempre llevaba consigo cuando visitaba a los enfermos.

— ¿Qué hacer entonces?

— Una buena confesión.

— Ya no puedo más, no tengo fuerzas suficientes.

— No te preocupes, soy tu párroco, te ayudaré; sólo responde lo que te pregunte.

Luego con celo y caridad comenzó su confesión. Uno preguntaba, el otro respondía, y donde Mario seguía confundido, el párroco desempeñaba con admirable soltura el papel de confesor y penitente. ¿Pero qué? Después de unos minutos, Mario parecía tan agotado y su lengua se hinchó tan notablemente que casi no podía hablar. Sin embargo, no sin serias dificultades, pudo terminar su confesión.

Una vez que Mario hizo su confesión se mostró mucho más tranquilo, y en medio de sus dolencias apareció con un aire alegre que hacía muchos años que nadie lo veía. Después de llamar a sus familiares y amigos, hizo un esfuerzo y pronunció estas últimas palabras: «He causado escándalo, perdóneme, mis dolores y mi muerte sean en penitencia por mis pecados. Dios mío, te doy gracias, Dios mío misericordia.» Deseaba mucho recibir el Viático, pero las ulceraciones de su garganta y la hinchazón de su lengua se lo impidieron. Vivió dos días más en aquel estado de angustia y sufrimiento con pleno conocimiento, pero con plena resignación a la voluntad divina, sin poder hablar. Su párroco ya no lo abandonaba ni de día ni de noche, y si intentaba alejarse por unos instantes Mario inmediatamente lo tomaba de la mano, la besaba afectuosamente y lo invitaba con muestras de cálido deseo a quedarse. Besaba a menudo el crucifijo y repetía lo mejor que podía las frecuentes jaculatorias que de vez en cuando le sugerían.

Unas horas antes de dar su último aliento, parecía muy agitado: quería hablar y no podía, besó el crucifijo, luego miró a los presentes y, al no poder pronunciar palabras, se puso a llorar. Los presentes quedaron consternados porque no podían entender lo que quería expresar y pensaron en llevarle un bolígrafo con una hoja de papel para intentar si alguna vez de alguna manera podía revelar sus pensamientos.

Mario se mostró complacido, tomó la pluma y se dejó sostener personalmente por sus amigos, y apoyando su mano en el brazo del párroco escribió estas palabras: «Valentino, perdón por el escándalo dado, vive como buen cristiano y serás feliz en el punto de muerte. Muero arrepentido; que la misericordia divina sea para mí y para vosotros, os espero en la eternidad.» Luego dejó caer la pluma y, esbozando una especie de sonrisa, como si uno de sus grandes deseos hubiera sido satisfecho, se acostó nuevamente al lado de su cama, entrando casi de inmediato en agonía, sin dar ya ningún signo de conciencia. El párroco que le había administrado el Santo Óleo poco antes le dio la bendición papal. Luego, mientras leía las oraciones para los agonizantes, el alma de Mario dejó de vivir en el tiempo para comenzar su eternidad donde esperamos encuentre misericordia en la presencia del Señor.

La historia de Valentino, aunque triste, es de la vida de una sola persona. Se repitió la misma historia a escala universal en el siglo XX, cuando sucedió la corrupción y apostasía de la iglesia romana, por abandonar su vocación de extender el Reino de Dios en la tierra y se dejó seducir por la televisión y demás medios de comunicación, los cuales hicieron el papel del perverso Mario.